

de «desterrados», y unas leyendas hablan, en efecto, de un edicto de destierro que habría provocado la emigración de un grupo judío conduciéndole hasta Abisinia. Pero el proselitismo tuvo ciertamente más parte que el desplazamiento de los pueblos en la formación de las comunidades judías de los montes africanos. De Palestina á Etiopía se sucedían de Norte á Sud gran número de repúblicas isrealitas, unidas por un sentimiento religioso que les había dado una especie de patriotismo común, así como una estrechísima solidaridad de intereses. Sin embargo, los Felachas no han recibido del destino la misma educación que la mayor parte de los otros Judíos; no parecen haber viajado á través del mundo como fugitivos y perseguidos, puesto que no se han hecho comerciantes y cambiantes de moneda. Este mismo hecho da una gran probabilidad al origen indígena de los Felachas; son Abisinios convertidos al Judaísmo. Artesanos en su mayor parte, herreros, albañiles, carpinteros, alfareros, tejedores, gustan también de ocuparse en agricultura ó en la cría de ganado; pero reprobaban la profesión de mercader, considerándola en oposición con la ley de Moisés¹.

Sea lo que fuera de la tradición judía, es cierto que la gran mayoría de las poblaciones abisinias siguió la religión predominante en los países circundantes antes de convertirse á un cristianismo superficial. La adoración de los astros bajo el ascendiente árabe fué modificada por las influencias egipcia, griega y romana. Entre la cincuentena de obeliscos de las inmediaciones de Adua, los más sencillos son idénticos á los *Betylos* de las costas de Fenicia², otros recuerdan las «piedras en pie» de las orillas del Nilo; por último, el gran obelisco, monolito de 25 metros que se eleva en el vallecillo de Aksum, no tiene nada de la sobriedad nilótica, y se distingue, por el contrario, por numerosos ornamentos en relieve que representan en el conjunto una torre de nueve pisos con ventanas.

Fuera de las relaciones de comercio y de cultura que la Etiopía tuvo con la Arabia Feliz por una parte y con Egipto por otra, la historia no nos revela nada de sus relaciones con las comarcas

¹ Henri A. Stern. *Wanderings among the Falashas in Abyssinia.*

² Th. Bent. *The ancient Trade Routes across Ethiopia.*

del Oeste y del Sud. Lo mismo sucede respecto de todo el resto de la inmensa Libia, el continente que ha tomado en estos tiempos modernos el nombre de Africa. Los autores antiguos no nos dan sobre estas regiones más que narraciones de imaginación pura ó afir-

N.º 149. Etiopía, centro de cultura.
(Véase págs. 22^ª y siguientes)



1: 5000000

0 100 200 400 Kil.

maciones no apoyadas en pruebas. No es, pues, por medio de documentos escritos como ha de intentarse conocer en su pasado las poblaciones africanas, sino estudiando en las descripciones de los viajeros que simpatizan con las poblaciones que atraviesan, su vida actual, sus tradiciones, sus costumbres y su manera de pensar.

Apenas si se comienza á conocer la prehistoria africana. Aparte

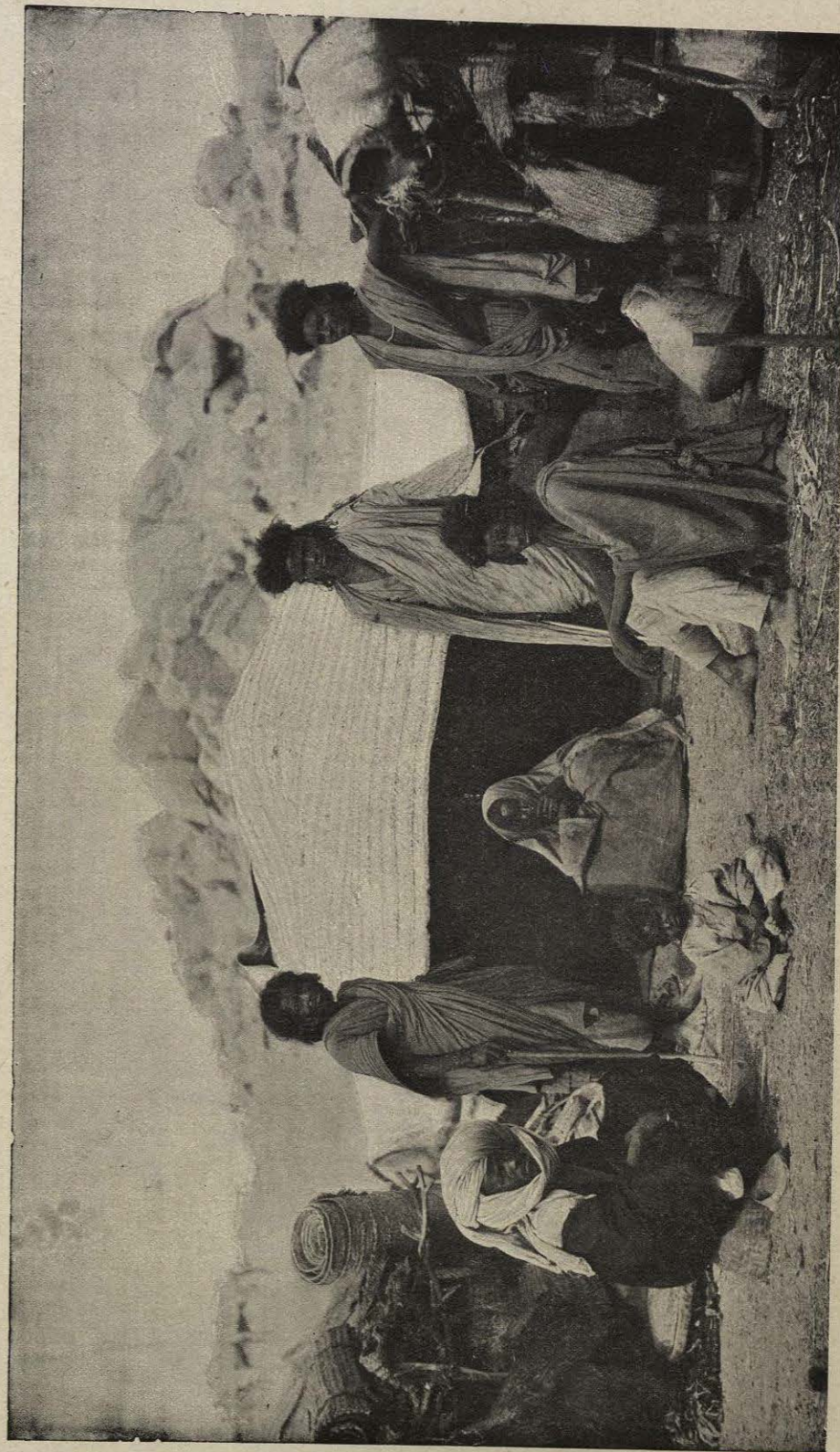
de Egipto y de la Mauritania, se han señalado hachas, cuchillos, raspadores groseros, acá y allá en el gran continente, al Sud del Orange, en el país de los Somalis, en la cuenca del Congo y cerca de Tumbuctu, pero todos esos hallazgos son demasiado aislados, demasiado lejanos los unos de los otros para que por ellos pueda deducirse la existencia de una sola y misma industria de la piedra¹. Además, la carencia de instrumentos de bronce hace suponer que la mayor parte de los pueblos libios han pasado, casi sin transición, del uso del hueso y de la madera al del hierro, cuyo modo de obtención ha sido descubierto en más de un punto por los mismos indígenas. Varios observadores han creído notar en la Uganda, en las orillas del Níger y hasta en la costa del Marfil analogías entre las esculturas y decoraciones locales y las del antiguo Egipto.

Por lo demás, podemos decir con toda certidumbre que el estado social y político de Libia, hace tres mil años, debía aproximarse mucho más de lo que está hoy en la misma comarca que lo estaba la antigua situación de Europa y de Asia comparada con su estado actual. La forma tosca, apenas organizada, del continente, dejaba las poblaciones sometidas á las condiciones locales, las influencias de pueblo á pueblo no bastaban para producir el desarrollo continuo, regular y consciente de una civilización común; los cambios morales, sociales y políticos se cumplían con gran lentitud. La reacción de la voluntad humana sobre el medio resultaba insuficiente. Ciertamente, la vida de los Akkas en sus bosques, la de los pastores Somalis en sus rocas áridas ó de los Nuêrs en sus islas de hierbas flotantes, apenas pudieron ser modificadas en la corriente de los siglos. La existencia de vastas regiones favorables á la cultura en la zona litoral del golfo de Guinea y sobre una parte considerable del Sudán, aun en la zona ecuatorial debió facilitar en esta época, como lo hizo después durante todo el período histórico, la formación de grandes imperios con capitales populosas y centros de cambio muy activo².

Si los escritos no nos enseñan nada sobre la historia de las poblaciones libias, al menos algunos monumentos de piedra atesti-

¹ J. Deniker, *Les Races et les Peuples de la Terre*, p. 492.

² Leo Frobenius, *Geographische Kulturkunde*, p. 9.



CAMPAMENTO DE BICHARIN



MURO DE UN TEMPLO DECORADO

guan comunicaciones antiguas entre los pueblos del Asia anterior y unos habitantes de Africa que no son los Egiptos y los Etiopes. Al Sudoeste de las bocas del Zambeze, las comarcas del interior están sembradas de ruinas que en la época de las primeras expediciones portuguesas representaban todavía en muchos puntos los restos de verdaderos edificios, muy superiores en arquitectura á las construcciones informes elevadas por los indígenas de nuestros días. Entre los viajeros modernos, Carl Mauch fué el primero que en 1871 encontró uno de esos famosos restos, testimonio de una civilización avanzada: Zimbabyeh, es decir, «Residencia Real»¹; tal es el nombre que los naturales daban á ese grupo de construcciones antiguas, situado sobre unas colinas del alto Sabi, á unos trescientos kilómetros al oeste de Sofala. Los fragmentos de construcciones extendidos sobre cerca de un kilómetro cuadrado, comprenden la «acrópolis» y muchos pequeños edículos, el «templo elíptico», de

¹ D'après Keane et Th. Bent: «Maison de Pierre», d'après Selous.

60 metros sobre 80, que contiene una torre cónica primitivamente de 12 metros altura de plena albañilería.

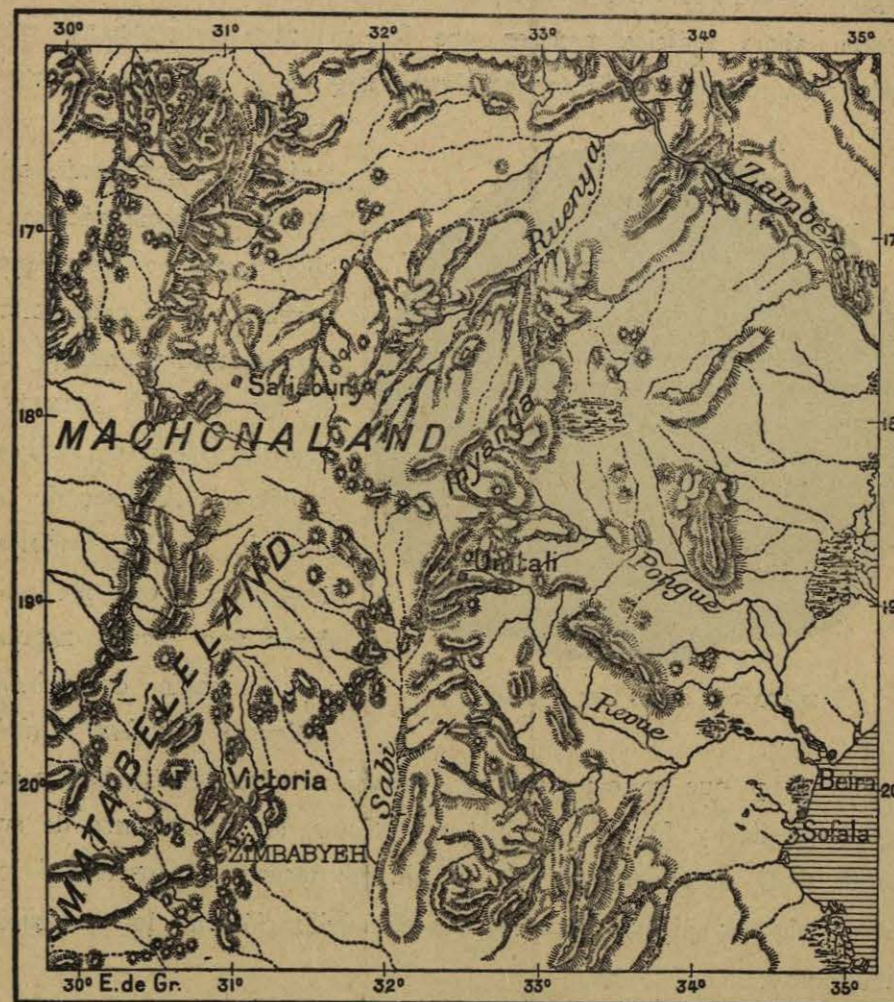
En los edificios más antiguos de entre Zambeze y Limpopo, todos esos muros están contruídos en granito, con materiales de pequeña dimensión, bien labrados y yuxtapuestos sin mortero. Los paramentos exteriores están generalmente decorados, algunas filas de piedras planas se hallan dispuestas siguiendo un orden sencillo y, lo que atestigua un gran hábito de estos trabajos, se ha realizado la desecación de los terrenos antes de toda edificación. Las construcciones se desarrollan siguiendo líneas curvas, hasta sinuosas, con puertas estrechas, ángulos y abundantes corredores angostos rodeados de altos muros. Es indudable que los albañiles constructores de estos trabajos comprendían admirablemente la defensa de las plazas, pero otros detalles de su obra —las torres y los monolitos— indican preocupaciones religiosas, lo mismo que las innumerables excavaciones muestran la busca del oro como si hubiera sido la razón íntima de la ocupación del país.

¿Atribuiría con razón la leyenda las numerosas ruinas de la comarca, á los arquitectos de un soberano poderoso que reinara en otro tiempo sobre un vastísimo reino del Africa oriental? Cuando la llegada de los Portugueses á las costas del mar de las Indias, un Monomotapa, es decir, un Muené Motapa ó «Señor Augusto» tenía, en efecto, todo el país entre sus manos, y verosímilmente una parte de las construcciones datan de ese período, pero se les distingue con bastante claridad de las edificadas una veintena de siglos antes. Sin duda alguna, la región fué todavía en una época reciente mucho más poblada que lo está en nuestros días. Los admirables y fecundos valles del Inyanga, que se suceden entre 1000 y 1500 metros de altura hacia las fuentes del Ruenya, afluente meridional del Zambeze, están en gran parte completamente desiertos, y, sin embargo, se encuentran allí por todas partes escaleras y terraplenes antiguamente cultivados, paredes de cercas, acueductos, ciudadelas, restos de hornos y de fraguas; el país era un jardín cuidado con el mayor esmero. Pero se libró una gran batalla en aquel sitio, dice la leyenda, y los espíritus de los muertos pusieron en lo sucesivo en dispersión

á los vivos que osan aventurarse sobre aquellas tierras profanadas¹.

Cualesquiera que hayan sido los acontecimientos decisivos, causa de la despoblación del país, es cierto que entre los restos de cons-

N.º 150. De Sofala á Zimbabueh.



1: 5 000 000

0 100 200 400 Kil.

trucciones antiguas se encuentran muchas que atestiguan una civilización de origen extranjero. La tradición refiere que los antiguos constructores de los edificios hoy arruinados fueron «hombres blancos que sabían hacer todo», y la situación respectiva de los pueblos

¹ Henry Schlichter, *The Geographical Journal*, 1899, p. 378.